

La ruta del viento (fragmento)

Esteban Cadena*

Ciudad de México, once y cuarenta y seis de la noche, un día de junio de 1530. Hace calor, la gente aprovecha la bonanza veraniega para pasear por las calles o disfrutar de una de las muchas atracciones de la ciudad de "Chilangolandia". Esta típica estampa latinoamericana se ve súbitamente alterada por un hecho insólito, algo fuera de lo común. Entre la multitud destaca un personaje extraño, con ropas elegantes pero anticuadas, como salido de un museo, alterado, distraído, impresionado por lo que estaba contemplando. Este personaje ni siquiera siente el inminente peligro de caminar entre los transeúntes que circulan raudos por las calles cercanas a Chapultepec. Lo inevitable sucede, el hombre ausente no tiene rastro.

Hasta aquí, podría no ser más que la mediocre crónica de un suceso, por desgracia, bastante habitual en algunos lugares. El extraño parecería un loco para algunos o un borracho, alguien drogado o un excéntrico. La cosa no pasaría de ahí, se perdería en las páginas de los periódicos, eso sí, tras haber despertado el morbo de algunos lectores incluyendo detalles escabrosos, generalmente inventados inocentemente por los testigos. Pero este "fantasma" es diferente, tan fuera de lo común que ha creado ríos de tinta durante cinco siglos porque ¡apareció de la nada! Esta es la historia de alguien con un nombre que nadie sabe, el "fantasma" más famoso de todos los conocidos, un relato de intriga, investigación y, por supuesto, ¡imagi-

* Ganador del 10.º Concurso Nacional de Cuento RCN y Ministerio de Educación Nacional.

nación! Porque, a pesar de toda la tinta vertida durante años, este personaje sigue rondando por las calles del gran D. F.

Poco después de la llegada de Nuño Beltrán de Guzmán, quien inicia la exploración e invasión de lo que él llamó “conquista del espíritu santo de la Mayor España” (actuales estados de Jalisco, Nayarit, Colima, Aguascalientes y partes de Sinaloa, Zacatecas y San Luis Potosí), “el fantasma” tiene un encuentro con la muy conocida Virgen de Guadalupe. Mientras subía al cerro de Tepeyac, dicha mujer de aspecto brillante como el sol, le diría unas palabras que hasta hoy día no se sabe qué querían decir: “Ten por seguro que lo agradeceré bien y lo pagaré, porque te haré feliz y merecerás mucho que yo recompense el trabajo y fatiga con que vas a procurar lo que te encomiendo”.

Después de largos siglos, y sin saber qué pasó con el “fantasma”, hacia 1900, llegó la policía para realizar su ritual de costumbre: inspeccionar un cadáver, abrir el acta del caso y avisar al forense. Nada más confuso. Vieron cosas que no encajaban y que presagiaban un cadáver sin rostro. El hasta entonces anónimo personaje, de unos treinta años de edad, yacía en el suelo vistiendo un largo abrigo negro, de tela gruesa poco apropiada para el caluroso verano, un chaleco inmaculadamente limpio y unos extraños zapatos puntiagudos con hebillas de metal.

Si no fuera por lo trágico del asunto hubiera sido motivo de risas, porque aquel “payaso” parecía salido de una fiesta de disfraces, sus ropas estaban sacadas de las brumas del tiempo pasado. “Bueno, un loco excéntrico más que decide suicidarse entre la colonia del valle”. Todos pensaron eso, hasta que en el depósito de cadáveres se descubrió algo inquietante: el inusual contenido de los bolsillos. Billetes de banco muy antiguos, pero en perfecto estado, tarjetas de visita a nombre de “El hijo del viento” y una carta dirigida al mismo nombre con una dirección de Mixcoac fechada en 1976. Aquello comenzaba a tomar un feo aspecto, ¿De dónde había salido? ¿Quién era este personaje? La



policía intentó localizar a sus familiares buscando en todos los registros de la ciudad el nombre que aparecía en las tarjetas de visita. (Curioso buscar un nombre como el que aparecía en las tarjetas. Pensaron que se trataba de algún indígena, cuyo nombre al español traducía “El hijo del viento”).

Nadie con ese nombre vivía en la ciudad, no apareció ni rastro en la dirección indicada por la carta, ni en las guías telefónicas ni en los registros de los seguros médicos. Literalmente se puede decir que aquel hombre no existía, ningún rastro se encontró para saber algo más de él en la Ciudad de México. Así que, desesperados, los investigadores recurrieron a inmigración. El nombre sonaba a algo indígena, ¿por qué no probar en poblaciones étnicas como los tarahumaras, huicholes, mazahuas, otomíes, purépechas, mexicas, nahuas o los yaquis, y por el sur y sureste donde los tlapanecos, mixtecos, mixes, triquis, zapotecos o los mayas?

Tras buscar muchos archivos y gastar bastante dinero en llamadas a personas que pudieran dar alguna información pertinente, no lograron absolutamente nada. Milagrosamente, pocas semanas después de encontrar el cuerpo, descubrieron el nombre de “El hijo del viento” en una añeja guía telefónica de 1939. ¿Sería esta una buena pista? Lamentablemente, al acudir a la dirección marcada por la guía de teléfonos, les informaron que no tenían ni puta idea de qué estaban hablando. Así quedó este infortunio para la policía, así quedó parte de la historia de dicho “fantasma”.

El Coloso de Santa Úrsula

En 1966, se inaugura el Estadio Azteca, y se cuentan tres historias que aterran al mismísimo Lucifer. La primera: se dice que para que una edificación dure y persista con el paso de

los años, las estructuras tienen que estar bañadas en sangre. Y en la construcción de El Coloso de Santa Úrsula en 1966, varias personas perdieron la vida y vertieron su sangre en sus cimientos.

Ninguna obra está exenta de tener accidentes, mucho menos una de la magnitud que tuvo la del Azteca. Mientras se colocaban las varillas y cuando se hacían los vaciados de cemento, algunos albañiles cayeron en los pozos y perdieron la vida. Otros más, tras ir a trabajar, nunca volvieron a sus casas y sus cuerpos nunca fueron encontrados.

A partir de ese momento, en distintos túneles del Azteca se oyen gritos y lamentos. La frialdad y oscuridad de la enorme obra hace que suenen golpes, como martillazos, en las paredes de los palcos del estadio, además de fuertes caídas, que se asemejan a gente que cae desde espacios muy altos.

El segundo rumor es el conocido “niño del centro del campo”. Un intento de salida por parte de aficionados desató una avalancha humana que culminó con gente atorada en los largos túneles de ingreso al campo del Azteca. Ahí, se dice, un niño fue aplastado y perdió la vida intentando encontrar a su padre.

Desde aquel momento, el alma de ese niño pena en el Estadio Azteca. De acuerdo con versiones de gente que trabaja en El Coloso de Santa Úrsula, cuando los partidos acaban y poco a poco se apagan las luces que iluminan la grada y el césped, un niño camina en el centro del campo del lugar. Se le ha llegado a ver en los túneles, sentado en la grada o corriendo entre las butacas. Un niño que ríe y que llora, que no encuentra descanso y que sigue buscando a sus padres tras aquella tarde de horror donde perdió la vida.

La tercera leyenda alrededor de El Coloso es la más compleja que hay. Antes de que existiera la gran urbe que hoy se conoce, se dice que el territorio donde se encuentra el Estadio un día fue un cementerio azteca y por ello hay gritos y llanto cuando pocas personas están ahí.



A los constructores se les pidió que no profanaran ese lugar de descanso de los antepasados, pero poco les importó y se realizó la obra de El Coloso. Se culpa de las muertes y de los ruidos que hay, a ese desacato por parte de la constructora del Azteca.

El tiempo pasado fue peor

Para la mayoría, el mundo es un caos. Sin embargo, cuando se viven tantos años, es una gran satisfacción que el tiempo muera en mis brazos. Basta dar unos pocos pasos para atravesar un gran valle inimaginable de sensaciones y perderse en un sinfín de maravillas reunidas en formas caprichosas: un almendro entremezcla su frondosa copa con los terruños de una cabaña, y cuelgan de sus ramas gruesos bloques de barro cocido y estiércol; un pájaro con alas de mariposa flota sobre el aire caliente y sobre el humo blanco que despide un carruaje en llamas que arde sobre una calle cuarteada por el sol calcinante; un sol que sólo brilla en este sector al que hago referencia, porque el resto de la ciudad se suma en la más densa de las tinieblas, tragada en una depresión del terreno que podría tener varios millones de años de inexistencia.

El cielo sobre mi cabeza es púrpura y, en él, algo escurridizo y veloz se mueve como si nadara entre los gases enrarecidos, jugando con nubes de yodo y amoníaco. Abajo, sobre la acera de piedras y restos metálicos de alguna cinta transportadora que jamás conocí, de pie, sobre un lodazal de tejidos orgánicos en descomposición que alguna vez hubieran conformado uno o varios cuerpos humanos, estoy yo, viendo y admirando todas estas cosas extraordinarias y cambiantes, sin remordimientos ni temores. Sé todo. Sé lo del experimento fallido y lo del continuo ir y venir del tiempo, pero nada puede arrebatar me en

este instante —que puede ser tan eterno como efímero— la absoluta certeza de estar disfrutando de un paisaje atemporal, asimétrico y anacrónico, único e irrepetible.

Fortino Pérez - 1856

La noche en que descubre que es inmortal no puede pegar el ojo. Es por eso que se le ve paseando por las solitarias calles de esta inmensa ciudad, andando un tanto encorvado, protegiéndose de la fría humedad que emana del asfalto recién llovido. En realidad, no busca nada, no sabe muy bien adónde ir, tan sólo vagabundea. Trata de refrescarse las ideas, entender qué es lo que le acaba de suceder. Y trata también de evitar estar en casa. Quizá un frío paseo le ayude a quitar ese temor, ese miedo que se le ha instalado en el cuerpo. Un miedo que él mismo califica de irracional. Pero, claro, todos sabemos que esos, los miedos irracionales, son los peores.

Es por eso que lo vi en la calle a unas horas que, sin ser ni mucho menos intempestivas, sí eran impropias en el extraño. Una hora después de su huida, decidió meterse en un bar. El local le pareció acogedor, con aquella puerta de madera, aunque nada más entrar, la poca luz, los pocos clientes y la música que sonaba a escondidas, casi lograron hacerlo arrepentir de tomar una cerveza. El camarero le sirvió la cerveza, consumición que se apresuró a pagar para poder marcharse sin tener que despedirse, una de las cosas que más odiaba en este momento de su vida. A su lado se acercó un tipo bonachón, de aliento dulce, ojos enrojecidos y hablar espeso. Comenzó una conversación a la que el extraño respondió con uno que otro movimiento de cabeza y un protocolario ajá, mientras tomaba sorbitos de su jarra. Al instante, desearon estar en casa. Entonces, oyó la voz: “Eres inmortal”. Y se sintió acorralado, bajo el efecto de un sentimiento que debía ser tristeza, aunque no sabía muy bien cómo definirlo.





Volvió a sumergirse en las calles del D. F., haciendo todavía tiempo hasta llegar a casa. Recorrió tres plazas, se sentó en un banco, aunque estaban todos empapados, y aquellos que no, estaban ocupados por grupitos de jóvenes que al caminarle le parecieron sospechosos —no sabía de qué, pero sospechosos al fin y al cabo—. Y como no le apeteció probar suerte con otro local tras la fallida experiencia anterior, se limitó a caminar deprisa hasta que notó un calambre en la pierna izquierda. Angustiado por el dolor, se dirigió a su casa. Nada más al entrar, encendió todas las luces de todas las habitaciones, como esperando encontrar algo. Miró el televisor de reojo, pero no quiso probar a encenderlo. En su lugar, se desvistió rápidamente, se limpió los dientes concienzudamente y, agarrando un libro con más firmeza de lo habitual, se acostó en la cama dejando, por primera vez en su vida, las luces del comedor encendidas.

1961